UN HOMBRE ANTE SI MISMO

Pese al honorable puesto que ocupa su nombre en la epigrafía urbana —«Avenida del Doctor Federico Rubio y Galí», puede leerse en el rótulo de una de las madrileñas—, si alguien preguntase por su vida y su obra a un centenar de españoles cultos, no sé cuántos darían respuesta satisfactoria; acaso pudiera contarse su número con los dedos de una mano. Y, sin embargo, tal vez el doctor Rubio haya sido el médico más importante de todo nuestro siglo XIX. *Cajal no fue médico, sino biólogo, y en él tuvo uno de sus hombres de más prestigio y valía la España de la Restauración y la Regencia. Lo cual me obliga a diseñar seriamente su figura, antes de comentar el texto con que él mismo nos la presentó.*

EL HOMBRE

Nació don Federico Rubio el año 1827, en El Puerto de Santa María. Estudió medicina en la Facultad de Cádiz, y en 1850, muy poco después de conclusa su licenciatura, obtuvo una plaza en el Hospital Central de Sevilla. Pronto consiguió allí crédito prometedor; pero razones políticas, él fue siempre liberal y republicano, le obligaron al exilio. Como lugar de residencia eligió Londres, igual que Alcalá Galiano treinta años antes; para él, el Londres donde con tanta brillantez triunfaba sir William Fergusson, cirujano de «ojo de águila, corazón de león y mano de dama», según el altisonante mote con que le distinguieron sus compatriotas. El contacto con Fergusson fue sobremanera fructífero para Rubio. A su vuelta, en efecto, puso a nuestra cirugía en el nivel de la europea, con su temprana ejecución de intervenciones quirúrgicas todavía muy recientes y osadas: la ovariectomía (1860), la histerectomía (1861), la nefrectomía (1874), la laringectomía total (1878); y pensando en la formación científica del médico, tan deficiente en la España de entonces, orga-

nizó privadamente cursos prácticos de histología y microbiología. No olvida entre tanto su ideal republicano. Tras la Gloriosa es elegido diputado a Cortes (1869); en las cuales, aun admitiendo, cómo no, la separación entre la Iglesia y el Estado, defiende un proyecto de ley encaminado a que las Diputaciones y los Ayuntamientos se hicieran cargo del presupuesto del culto católico. La República le nombra embajador en el Reino Unido (1873), y sale airoso del empeño. Pero el hundimiento del régimen republicano le hace renunciar de por vida a toda actividad política. Seguirá, por supuesto, fiel a sí mismo, y pertenecerá al Partido Federal; no pasará de ahí. Desde 1875 hasta su muerte, en 1902, la práctica hospitalaria y privada, su original, tenaz y valioso esfuerzo por elevar el nivel científico y técnico de la medicina española y su varia labor publicística, llenarán por completo sus horas.

La vocación pedagógica, más precisamente, la conciencia misional de que la educación, y no sólo en sus aspectos científico y técnico, era entonces la primera de las necesidades del pueblo español, fue tal vez el nervio más íntimo de la instalación del doctor Rubio en la vida de su país. Bien paladinamente lo hacen ver las primeras líneas de este libro, y así lo demuestra la más importante de las empresas de nuestro hombre: la creación de su célebre Instituto de Terapéutica Operatoria, más popularmente conocido como «Instituto Rubio» (1880).

¿Qué motivos impulsaron a Rubio a la generosa realización de tal empeño? Por supuesto, el engarce de esa vocación, tan honda en él, aunque en su juventud no hubiese elegido la carrera docente, con la certidumbre de que la perfección del cirujano exigía ya su especialización técnica, y con el hecho flagrante de que nuestras Facultades de Medicina distaban mucho de cumplir dicha exigencia. Mas también, acaso, su personal relación con la Institución Libre de Enseñanza y su admiración por lo que ésta, tan esencialmente animada de una intención pedagógica y reformadora, entonces empezaba a ser. Uno de los más eminentes discípulos y colaboradores de don Federico Rubio, el obstetra y ginecólogo don Eugenio Gutiérrez, describe así el comienzo de su relación con él: «Conocí a don Federico Rubio en el mes de junio de 1880, cuando se disponía a organizar el Instituto de Técnica Operatoria. Un amigo entrañable de ambos, hombre superior, que como él ha dedicado su vida a la regeneración intelectual de la juventud española, don Francisco Giner de los Ríos, nos puso en relación, y los dos decidieron sobre mi porvenir.» La estimación de Rubio por la Institución Libre de Enseñanza fue grande, más de una página de este libro lo revelará al lector, y en ella disertó sobre la «Acción fisiológica de la palabra humana sobre las colectividades» (1877); tema cuyo solo enunciado indica bien

claramente hasta dónde llegaba el interés intelectual del gran cirujano. Tan distintas entre sí por el contenido de sus enseñanzas, ¿será ilícito afirmar que la Institución de Giner y el Instituto de Rubio —al fondo de ambas, una sociedad menesterosa de reforma educativa— fueron dos realidades paralelas?

No es este lugar adecuado para exponer con detalle la obra medicoquirúrgica de Rubio. Sí lo es, en cambio, para mostrar cómo sus actividades paraquirúrgicas nos descubren la gran amplitud mental y la fina oportunidad histórica —Rubio, un médico en el nivel de su tiempo, no obstante vivir en el Madrid de «el perro Paco» y «el Bizco de Borge»— con que supo entender la estructura y el alcance de su profesión: sus tempranísimos cursos acerca de dos de las disciplinas, la histología y la microbiología, por obra de las cuales estaba haciéndose verdadera ciencia el saber médico; esas conferencias en la Institución Libre de Enseñanza, tan demostrativas de que para él no podía haber buena medicina sin psicología atinada; un discurso inaugural en la Academia de Medicina titulado La Sociopatología *(1890), cuando en Europa sólo Virchow y Salomon Neumann habían proclamado el carácter «social» de la ciencia médica, no sólo de la práctica asistencial del clínico, y más de veinte años antes de que A. Grotjahn publicase su fundacional y fundamental* Soziale Pathologie. *¿País de frutos tardíos y de hombres precursores esta España nuestra, cuando sus hijos —no siempre lo hacen— se deciden a vivir en la historia?*

El libro

Siendo yo estudiante, leí las notas del doctor Rubio, muchas veces sólo concisas historias clínicas, a la versión castellana del Tratado de Cirugía *de Le Dentu, y desde entonces admiro la calidad de su pluma. Al margen de la medicina, de lleno ya en la amena literatura, ahí están para demostrarlo* El libro chico *(1863),* El Ferrando *(1863) y* La mujer gaditana *(1902). A don Federico le gustaba escribir, su pluma se movía con notable garbo —aunque su prosa, vista desde los gustos de nuestro tiempo, cayese con cierta frecuencia en uno de los tics estilísticos de su época, el cultivo del «gracejo»—, y por esto escribía. Sí: el libro que ahora se reedita fue ante todo compuesto porque al autor le gustaba escribir; la lectura de diez de sus páginas será suficiente para advertirlo. Pero, ¿sólo por esto? No. También porque, contando a todos su experiencia de escolar en colegios elementales —qué colegios, Santo Dios— y en pintorescas aulas universitarias —aunque en una de ellas enseñase don Manuel José de*

Porto, a quien se debe el primer manual español de Anatomía patológica—, quería que España tomase conciencia de su menester y se decidiese a educar a sus hijos como en la Europa transpirenaica se les educaba; y también, pienso, porque siendo tan aficionado a escribir y a entender, no supo resistir una doble tentación, pintar con irónica o tierna vivacidad su mundillo andaluz de niño y mozo, y vivir por sí mismo esa fascinante experiencia íntima a que dan expresión tan soberbia dos versos de Baudelaire, varias veces traducidos y citados por mí:

¡Qué límpido y sombrío cara a cara,
un corazón convertido en su espejo!

En medio de su aparente trivialidad, al margen del mayor o menor acierto de sus reflexiones psicológicas, corazón espejo de sí mismo es el de don Federico Rubio, cuando a los sesenta años contempla sus más remotos recuerdos infantiles y trata de adivinar el sentido vital que poseen. O el que le lleva crear una palabra, «impatía», luego reinventada con otra significación, para designar el sentimiento inherente a las primerísimas manifestaciones de la conciencia de su realidad personal.

Movido por todas estas razones describió don Federico sus memorias de infancia y mocedad. Y acaso por alguna más, como el nobilísimo gusto filial de elogiar, ya casi viejo, la abnegada entereza liberal de su padre y la entrañable bondad cordial de su madre. Pero habiéndolas compuesto, según los cálculos de su editor y primer prologuista, catorce años antes de morir, ¿por qué las dejó inéditas en un cajón de su escritorio? No lo sabemos; y si un futuro biógrafo del doctor Rubio no acierta con la clave de este sorprendente hecho, tal vez no lo sepamos nunca. Creo, sin embargo, que no le hubiera disgustado verlas impresas por decisión de su propia hija, y mucho menos verlas leídas, casi cien años después de que él las escribiera, por españoles tan menesterosos de ver reformado su país como él mismo lo fue.

Varias perlas

No obstante la indudable altura ética de su propósito central, contribuir a la reforma de nuestra educación, o tal vez porque así creyera don Federico Rubio servir mejor a ese propósito suyo, la mayor parte de sus memorias es pura anécdota pintoresca, interesante muchas veces y divertida casi siempre. Pero en medio de esa ligera y fluente trama, es seguro que cada lector descubrirá no pocas perlas, fragmentos para él especialmente significativos

y valiosos. Y puesto que yo he sido lector de este libro antes que su glosador y pregonero, comentaré al galope tres de las varias que encontré.

Escenario, cualquier pueblo de la Andalucía Baja. Epoca, la postrera del reinado de Fernando VII, cuando éste, a través de Calomarde, mejor hace saber lo que su persona verdaderamente es. Con Gibraltar al lado, el contrabando y el bandidaje son los dos máximos cimbeles para el campesino pobre. ¿Sólo para él? «Infestada de contrabandistas y malhechores mucha parte de España —escribe nuestro memorioso—, en ninguna había tomado el mal tan graves proporciones como en Andalucía. No individuos, no familias, no pueblos; comarcas enteras se dedicaban a la vida del contrabando, haciendo de él su casi exclusivo modo de vivir. Conventos, con sus guardianes a la cabeza, en vez de al coro, marchaban a las veredas y encrucijadas, montados a caballo sobre sus tercios, convirtiendo los claustros en depósitos de telas y tabacos. Pueblos en totalidad, con su aristocracia de aldea, nobles de blasones y aun titulados, alcalde, cura y alguacil y fiel de fechos, salían a los caminos tapadas las caras con pañuelos de seda, a emular las glorias de José María.» Bien sé que hacia 1830 no todos los conventos españoles eran equiparables a estos de la Andalucía Baja que alcanzó a ver don Federico Rubio y con tan vigorosa pincelada nos describe; pero ahí queda esa estampa para ilustración de quienes como historiadores de realidades y no sólo como esgrimidores de derechos quieran conocer por menudo la España inmediatamente anterior a la desamortización de Mendizábal.

No penosa, sino pasmosa y conmovedora es la segunda de las perlas que encuentro en estas singulares memorias. Vale la pena contarla por menudo. Aunque de familia más bien «fina», como por aquellos tiempos y aquellas latitudes llamarían a la suya, la madre del doctor Rubio no fue enseñada a leer. «Ni su madre ni su abuela —se nos cuenta— quisieron que aprendiese. Decían que esto era muy bonito, pero que había de tener el peligro de los novios, cuando anduviera el tiempo; y, para evitar cartitas, las mujeres no debían saber leer ni escribir.» Pero el tiempo anduvo, y trajo consigo noviazgo y cartitas; porque el novio, futuro padre del gran cirujano, no quiso dejar de escribir a la muchacha que tan vehementemente amaba y de que tan vehementemente era amado; con lo cual, urgida por su amor, y demostrando a su manera que éste es el motor supremo del buen conocimiento, la novia inventó para sí misma un método de descifre que ni el mismísimo Champollion hubiese mejorado. «Para leer —sigue diciéndonos su hijo—, tomó un catecismo de doctrina y preguntó dónde estaban la Salve y el Padrenuestro... Acto seguido, se puso

a mirar la primera letra de la primera palabra, luego la segunda y todas las sucesivas; y ella, haciendo su composición de lugar, decía: Pa-dre, *la primera sílaba es* Pa, *la segunda es* dre; *con la punta de la tijera rayaba en el revés de una puerta una* P *y una* d *como las de imprenta. Luego venía* nues-tro, *y decía para sí: la primera es* nues, *la segunda* tro, *y rayaba en la puerta* n, t. *De este modo, cavila que cavila y dale que le das, con un lápiz escondido en el seno y una hoja de papel cualquiera, comparando palabras escritas en cartitas de mi padre con las del Padrenuestro y la Salve, que sabía de memoria, pudo leerlas y llegar a contestarlas.» Amor y pedagogía, diría Unamuno; amor y autopedagogía, en este caso. ¿Dónde quedan los de Baucis, Julieta y Mariana Alcoforado ante el de esta sencilla y pobre señorita de la España fernandina?*

La tercera de mis perlas vuelve a ser lastimera; es la descripción de las prácticas de óptica con que ilustraba a sus alumnos don José María López, catedrático de Física, Química y Clínica médica, todo en una pieza, y hombre cuyos méritos consistían —«palabras textuales», apostilla el que fue su discípulo— en «saber más Física que Dios y más Química que María Santísima». Era el curso de 1842 a 1843; los años en que Faraday iniciaba la teoría electromagnética de la luz y toda Europa comentaba la reinventada y maravillosa óptica ondulatoria de Young y Fresnel. «La luz —explicaba a voz en grito el chiclanero don José María— es un fluido imponderable, pero no es un cuerpo simple, porque se descompone en siete colores...» No sigo. Vea el lector por sí mismo la narración completa de la escena. Perla lastimera ha sido para mí, porque ochenta y cinco años después —no en Física, desde luego, ni en Química— había yo de conocer episodios didácticos que, aunque menos pintorescos y ruidosos, no dejaban de ser semejantes a esos.

Con su interno propósito redentor, con su valor documental y su avisada ingenuidad, con el ingenio y el gracejo de la España literaria de Eusebio Blasco y Antonio Grilo, con el mérito fundamental de pertenecer a la vida de un hombre de veras eminente y noble, aquí están de nuevo las memorias de la niñez y la juventud de don Federico Rubio. Si quienes hoy las lean saben cumplir la intención reformadora de quien antaño las escribió, no será baldía la empresa de haberlas rescatado del olvido.

Enero de 1977.